

DUELO EN LA ARQUEOLOGÍA ECUATORIANA

La arqueología ecuatoriana ha sufrido el año pasado dos irreparables pérdidas con el deceso del P. Porras Garcés y el Dr. Donald W. Lathrap.

Pedro Porras G., misionero y educador josefino, fue también una de las figuras más destacadas de la arqueología nacional, a la que contribuyó, en labor callada y tesonera, con medio centenar de publicaciones, entre las que merecen citarse *Arqueología del Ecuador*, *Baeza de los Quijos*, *Fase Cosanga*, *Fase Pastaza*, *El Encanto*, *Temas de Investigación*, *Arqueología de Quito*, *Investigaciones Arqueológicas en las Faldas del Sangay*, etc. Fue además fundador y Director del Centro de Investigaciones Arqueológicas de la Universidad Católica, Miembro de la Academia Nacional de Historia y Profesor de Arqueología del Instituto Superior Salesiano, y de los Departamentos de Antropología y de Historia y Geografía de la mencionada Universidad. Sus investigaciones fueron un ejemplo de voluntad y entusiasmo en condiciones precarias, ya que las realizó con escasos recursos provenientes de la Universidad Católica, el Instituto Smithsonian -con el que mantuvo estrecha relación académica- e inclusive de sus propios ahorros. Su contribución científica aun aguarda el fallo de la historia. Algunos arqueólogos han criticado sus procedimientos y su exagerada tendencia a establecer fases culturales, a veces con muy poca evidencia material. Sin embargo, por sobre las diferencias personales o académicas que mantuvo con sus colegas, no se puede dejar de reconocer que abrió nuevos horizontes a la arqueología ecuatoriana, particularmente con la investigación del pasado de nuestra región amazónica. Resultado de ella fue el descubrimiento del complejo ceremonial del Sangay, y su polémica hipótesis sobre la migración de gentes de la selva tropical hacia el callejón interandino. Es triste que la confrontación académica haya impedido conocer más de cerca al ser humano. Porque detrás de sus gruesos lentes y su figura austera se escondía un hombre sensible y generoso, que dio sus mejores años a los niños indios de las selvas de Cosanga. De esta época existe otra obra olvidada, que dejó el P. Porras en poemas, pieza de teatro, estudios botánicos e históricos, que debe ser rescatada para que la selva no cubra su memoria.

Donald W. Lathrap fue una de las figuras más relevantes de la arqueología americana. Graduado en la Universidad de Harvard, mantuvo un programa de investigación a largo plazo sobre el desarrollo de la cultura de selva tropical, particularmente en la montaña peruana. Fruto de estas investigaciones es su excelente obra *The Upper Amazon* (1970), complementada a lo largo de su vida por un sinnúmero de artículos científicos publicados en revistas especializadas de EE.UU. y otros países. El punto central de su contribución científica fue la elaboración de un modelo de expansión demográfica, a partir de la cuenca amazónica, hacia los Andes, e inclusive hacia la costa pacífica de Sudamérica. En este contexto, su contribución a la arqueología ecuatoriana fue decisiva para la redefinición de la cultura Valdivia y del Formativo ecuatoriano en general, como lo mostrara en su publicación *Culture, Clay and Creativity*. Lathrap rechazó la hipótesis transpácifica propugnada por Evans, Meggers y Estrada y

postuló en su lugar el origen amazónico de la cultura Valdivia. En efecto, una revisión del registro arqueológico mostró que los valdivianos eran agricultores con un patrón cultural de selva tropical, que incluía una subsistencia a base de cultígenos tropicales, el uso de alucinógenos y la presencia del complejo shamánico típico de la selva amazónica. Su razonamiento arqueológico le llevó finalmente a postular al Formativo ecuatoriano como un período de intensa innovación cultural que incidiría directamente en la formación de los centros de civilización de los Andes Centrales y Mesoamérica. Aquejado de una dolorosa situación personal, Donald Lathrap abandonó paulatinamente el trajinar académico y rindió finalmente su tributo a la vida.

La arqueología ecuatoriana está de luto. Paz en sus tumbas.

Ernesto Salazar

EVOCACIÓN DE GERMÁN COLMENARES

No hacía falta pasar mucho tiempo con él para descubrir que era un historiador de vocación, un trabajador de casta y un maestro de convicción. Por todo ello y porque fue buen amigo y colega de muchos, su temprana muerte ha sido hondamente sentida en amplios círculos académicos de su nativa Colombia, de América Latina y del resto del mundo.

Producto típico de la formación humanista y jurídica tradicional de nuestros países, se hizo historiador sobre la marcha, a fuerza de optar por la especialización en el Post-Grado, y de aprender el oficio sobre el terreno, en la cátedra, en el archivo, en los medios de divulgación. Con ello llegó en su madurez profesional a ser una de los principales pioneros y referentes del desarrollo de la nueva historiografía colombiana y andina.

Sus esfuerzos como historiador se orientaron en varias direcciones. Realizó, por una parte, trabajos sobre historia social y económica de Colombia. Por otra parte, enfrentó la problemática regional rebasando los límites de los modernos estados y trabajó sobre los circuitos económicos del antiguo Gran Cauca y la Sierra Norte del actual Ecuador. Investigó sobre etnohistoria negra, sobre historia local de Cali y Popayán, sin dejar de incursionar también en historia política e institucional.

Germán fue un maestro de vocación intensamente vivida. Son ya varias las generaciones de profesionales de la Historia de Colombia que le deben buena dosis de su conocimiento y formación. Su contribución al desarrollo de la carrera de Historia en la Universidad del Valle fue siempre reconocida. En Quito dejó un grato e imborrable recuerdo cuando vivió aquí unas semanas dictando cátedra en el Primer Post Grado de Historia Andina organizado por FLACSO. Fue también tutor de esa promoción y hombre clave en la organización del Segundo Post Grado, realizado justamente en la Universidad del Valle. Son numerosas las instituciones universitarias de Colombia, Europa y Norteamérica a las que concurrió como profesor o conferencista invitado.

Pero más allá de todo esto, Germán era un hombre de gran calidad humana. Por eso hemos sentido no solo la pérdida de un buen historiador, sino también la de un excelente amigo. Por eso he evitado adrede en estos cortos párrafos el obituario de cajón o el resumen burocrático de su brillante currículum. Por eso Germán Colmenares nos va a hacer falta.

Enrique Ayala Mora